

El humor es irreverente

La tragedia ocurrida la semana pasada revela cuán hipócritas somos en nuestras modernas sociedades: hacer chistes sobre religión ha de considerarse –y yo estaré de acuerdo- libertad de expresión, mientras que sobre la homosexualidad hay que ser muy políticamente correcto, sin llegar a partirse el culo de la risa –en lo que estaré completamente en desacuerdo-. Vamos a ver, las creencias, los prejuicios, los asideros vitales y las muletillas que usamos al hablar, o nos hacen cada vez más libres o... sencillamente no nos sirven para vivir, y vivir en libertad. He visto, revisando portadas recientes del Charlie Hebdo, una en la que aparecen El Padre, El Hijo y El Espíritu Santo realizando un “menach a truá” (¿a que sabes a qué me refiero y tú tampoco sabes escribirlo?), y la verdad: es de una irreverencia que nos hace que la sonrisa aparezca en nuestras caras por lo sarcástico de la escena. Por favor, está claro que ese trabajo es resultado de un cúmulo de conexiones mentales que no pretenden otra cosa que provocar la risa..., y de verdad que yo, profundamente católico, no veo motivo para escandalizarme... ¡ni coger un arma y “ponerme a repartir justicia entre infieles”!

¿Son innecesarios ese tipo de chistes? Son evitables, pero si alguien los quiere expresar, ¿por qué no ha de poder hacerlo? Si te molestan al extremo de querer agredir, entonces estás enfermo. El fundamentalista es un ser profundamente enfermo. Una enfermedad que le lleva a tomarse la vida de los demás en vano. Y esto es algo que ninguna religión aprueba: para todas las religiones, la vida humana es algo sagrado. Y es que, también, el fundamentalista no es necesariamente creyente o no creyente; es eso, irrespetuoso con la vida de los demás. Lo que sí que es cierto es que hay sociedades en las que hemos dado tales pasos en la convivencia ciudadana, que los fundamentalistas no necesitan matar para poder vivir. A algunos les basta con ser Jefe de Tribu.

Un ejercicio práctico: a ver cómo sienta que yo llame atea a “cualquier persona que cuando El Dios del Libro le da por el culo, no se entera”. Si tiene sentido del humor, o bien le gustará (el chiste) o bien no le hará la menor gracia. Atea también es aquella otra persona que ahora mismo está deduciendo que si yo “me entero”, entonces soy creyente. Ya pasó con santo Tomás, “meter para creer”..., ahora vas y sacas conclusiones. Ahí, Dios. Ay, Dios. Hay Dios.

Fecha: 14/1/2015

Enrique de Amo
Profesor Titular de Análisis Matemático de la UAL